

**RETRATO DE LA ISLA TRES MESES DESPUÉS DEL TERREMOTO**

# Haití vive

**Acostumbrados a resistir en el infierno, los haitianos comienzan a acostumbrarse a lo que será por mucho tiempo su nuevo escenario de vida: ciudades convertidas en terrenos rocosos que todavía esconden muertos. Más de un millón de personas malviven en tiendas, y pocas soportarán las lluvias y huracanes que están a punto de llegar.**

TEXTO Y FOTOS: **MAYKA NAVARRO**

Caminan por las calles de Port-au-Prince haitianos con los zapatos desaparejados. En las aceras, sobre las ruinas inamovibles de la ciudad, están los que venden zapatos y sandalias de segunda mano. Se las quitaron a los muertos del sismo antes de que sus cadáveres desaparecieran incluso del olvido. Hay pares que no coinciden, pero que se parecen. Ya no importa mucho, porque aquí todo vale si se quiere sobrevivir a la calamidad bíblica del 12 de enero.

Tres meses después del terremoto, Haití ha vuelto a su sitio habitual: invisible a los ojos del mundo. Resignado, el pueblo calla y espera sumido en un indescriptible sopor al siguiente infortunio. Y está a la vuelta de la esquina. Empieza a llover, los huracanes no tardarán en hacer acto de presencia y sólo un pequeño porcentaje de privilegiados de los más de un millón de *sin techo* han tenido acceso a una tienda de campaña digna. El resto matan el tiempo amontonados en alguno de los 500 campos de desplazados que ocupan la capital en refugios de plástico, telas y cartones armados con escombros del sismo.

## Muertos que escapan

Pese a que la última cifra oficial de víctimas mortales es de 222.000 cadáveres que nadie contó, es sabido en Port-au-Prince que bajo muchos de los escombros continúan sepultados centenares de cuerpos sin rescatar que perdieron la dignidad e incluso el hedor a muerto. Tampoco queda dignidad ni hedor en la fosa común de la carretera que va de Port-au-Prince a Alcahaie, donde millares de cadáveres fueron tirados y mal tapados, o fueron cubiertos con tan poca tierra y tanta prisa que ahora, tres meses después de su abandono, cabezas, brazos y piernas sobresalen como si quisieran huir de la inmundicia.

Port-au-Prince, tres meses después de morir, ha bajado el volumen. No hay música en las calles. De los edificios se han silenciado las voces y los haitianos ya no vagan suplicando comida y agua. Se han acostumbrado al dolor y al sufrimiento y apenas se quejan. ¿Para qué?

## Ruinas sin retirar

Desde el 31 de marzo la ONU no reparte comida en los campos. Sí que lo hacen los centenares de ONGs, instituciones y voluntarios a los cuales Haití debe su supervivencia. Dice la ONU que los haitianos deben empezar a valerse por sí mismos y desacostumbrarse al hábito de recibir comida a cambio de nada. Bien pensado. Pero es imposible salir adelante en un país en el que a penas se han

retirado un 1% de los escombros que cayeron y en donde la posibilidad de recuperar el hogar perdido es incierta.

Nadie en Haití plantea todavía cuando y como se empezarán a limpiar los escombros para poder edificar. No hay fecha para la reconstrucción. Pero ya hay un proyecto controvertido de acondicionar 7.450 hectáreas de la nada a 20 kilómetros de Port-au-Prince. Se pretende plantar un campo gigante, Corail, al cual se mudaran cerca de 8.000 *sin techo* de los cuales ahora acampan en puntos emblemáticos de la capital. Al presidente, René Preval, le molestan algunos campos y ha empezado a presionar para que sean desalojados y trasladados.

Le Champ de Mars es el más incómodo para el Gobierno. Acoge cerca de 20.000 personas justo enfrente del herido palacio presidencial. Yoelisa está sentada en la puerta de su barraca, donde ha improvisado un salón de belleza en dónde tanto hace la manicura como trenza postizos o arregla cejas. Se queja de que hace diversos días que no tienen agua a José Luis Páez, un guardia civil de Málaga en misión en Haití bajo el mandato de la Minustah, la tercera operación de la ONU desde 2004 para intentar sacar adelante este complicado país con escasos rasgos caribeños.

En el Champ de Mars no hay agua ni la habrá. Las autoridades haitianas hace semanas que están intentando convencer a los inquilinos de que se trasladen a nuevas tiendas montadas en el barrio de Cité de Soleil, a diversos kilómetros del terreno rocoso que un día fueron sus casas. Se niegan a moverse, pero ya han empezado las presiones para que se vayan.

### **Repunte de los secuestros**

Páez llegó a Port-au-Prince en agosto. Es su segunda misión en Haití. Antes del terremoto se encargaba de formar a la Policía Nacional haitiana en la resolución de secuestros, uno de los delitos más frecuentes en la capital antes del sismo que está volviendo a resurgir con fuerza. El 12 de enero le pilló conduciendo. Cuando ya no se pudieron rescatar más muertos y se encontraron los restos de su añorada amiga, la policía nacional Rosa Crespo, paró, durmió y, al día siguiente, propuso a su jefe, un policía canadiense, convertirse en el interlocutor policial de los *sin techo* y obtener información relevante sobre lo que pasa en unos campos de difícil convivencia.

Cada día, desde las ocho de la mañana, Páez se pasea entre plásticos y allí ha descubierto que nadie se quiere mover de su barraca. Porque la alternativa de irse a otro campo no tiene fecha de caducidad y suena a vivir eternamente en una tienda de campaña. **“No creo que tarden mucho en desalojarlos a la fuerza. Será horrible”**, vaticina el guardia civil.

### **El drama de las violaciones**

Haití es un país de supervivientes, donde la tragedia cuando no es terrestre, creen que es divina y si no, te visita de noche en tu propia tienda para violarte. Aunque los organismos oficiales intenten minimizar las denuncias, Páez asegura que las violaciones en los campos ya superan las que se denunciaban antes del terremoto, en un país donde las agresiones sexuales no fueron consideradas delito hasta 2004.

En un pequeño campo de Cité du Soleil, Páez se cita con el coordinador. Tiene información de que han violado a una niña de ocho años. El hombre lo niega cabizbajo, al principio. Después lo reconoce y pide unas vallas en la parte posterior del campamento, que es por donde se cuelan los bandidos que fuerzan a las mujeres que viven solas. Prometió las vallas pero no le dejaron ver a la niña.

En las tiendas de los campos no hay policía ni luz ni puertas ni ventanas, y en algunos momentos parece que casi ya no quedan ganas de vivir. Aunque siempre hay una escena que recuerda que el pueblo que comparte la isla con la República Dominicana es un superviviente a pesar del cataclismo, el caos y la absurdidad que le ahoga. Jenifer Max nació hace tres semanas en una frágil tienda del campo de *Daitso*. Es un bebé que no llora a pesar de que su madre, de 24 años y cuatro hijos más, lo viste con lana y lo tapa con mantas en medio de un calor pegajoso y polvoriento. **“La escondo del mal”**, asegura Josephine, la madre.

### **Las agresiones**

sexuales en los campos  
ya superan las  
denuncias de antes  
del sismo

Y para males de este pueblo, el de la corrupción que lo asfixia hasta niveles insospechados. España se ha convertido en el principal padrino de la Unión Europea. Donará millones de euros que, si nadie tutela su buen uso, se perderán por el camino, tal como pasa ahora.

Por alguna extraña razón Haití engancha. Que les pregunten a millares de voluntarios que aparecieron después del sismo y a muchos que todavía quedan. O a los militares de la Armada que llegaron en el barco Castilla y que continuarán en Petit Goave hasta el 4 de mayo, fecha prevista para regresar a España. O a los 24 GAR (Grupos de Acción Rápida) de la Guardia Civil que, bajo el comando de la ONU y justamente con los policías de medio centenar de países, trabajan en la seguridad de la capital deteniendo a los que se fugaron de las prisiones. El futuro de Haití es bien incierto. Pero de momento vive.